

jó el batiente, que se cerró con un ruido sonoro.

IV

La casa de la calle Vignon, donde acababa de entrar, es una de las más grandes construcciones que se hicieron en los primeros años del reinado burgués y pacífico, á pesar de las revoluciones, barricadas y motines en constante movimiento del rey Luis Felipe.

Delante del chiribitil de la portera, colocado á la izquierda de la entrada, y dando frente á un ancho vestíbulo, la joven se detuvo.

—¿No hay nada para mí, señora Gervais?— preguntó.

—Sí, señorita.

—¿Una carta?

—Que huele muy bien, por cierto.

—Dádmela.

—Debe ser de algún Tenorio.

La portera no reunía el tipo de esas porteras de comedia que todo el mundo ha visto y que se conocen aunque no se las haya visto jamás.

Esas porteras ridículas se van haciendo raras.

El portero moderno es por lo general un funcionario instruido, bien vestido y complaciente.

Cincuenta y cinco años, de regular gordura, respetables cabellos grises, de color pálido por

falta de aire y por el abuso del café con leche, con cierto aire de dignidad é importancia.

Tal era la señora Gervais.

Dió la carta á su inquilina y la contempló con ojos llenos de admiración, mientras que la joven leía la carta á la claridad del gas de la portería.

—¡Qué gentil es!—pensaba, con el suspiro de pesar de las mujeres ya maduras que han empleado mal su juventud.—¡Y pensar que será tan tonta como lo fui yo!

La carta debía ser corta, porque al cabo de un minuto la joven exclamó:

—Gracias, señora Gervais.

Y empezó á subir la escalera.

En pocos instantes llegó al quinto piso y se internó por un corredor; en su centro, próximamente, la joven abrió una puerta y se encontró en un pequeño vestíbulo.

Encendió á toda prisa el gas, pasó á una habitación espaciosa, elegantemente amueblada, empapelada y cuidadosamente limpia.

El suelo estaba cubierto con una alfombra, igualmente que el del vestíbulo.

Un gusto exquisito había presidido en el arreglo, que transformaba aquella gatera en un risueño nido; era, en una palabra, la habitación modesta, pero de una coquetería femenina y parisien. Todo era allí de un gusto refinado, limpio, costado poco á poco con las economías de la joven, sin ayuda de ningún amigo, sin préstamo, sin regalos, que ella no hu-

biese aceptado por orgullo, no queriendo, en cambio, dar nada.

Todo allí respiraba la juventud y la primavera; el secreter donde Elena había tirado la carta al pasar; el retrato de la divinidad de la casa; la blanca cama; los tiestos del balcón, porque tenía un balcón que daba al boulevard: las violetas, las lilas y la reseda embalsamaban el aire.

Tal era el paraíso que daba palpitaciones de corazón al doctor Fabregues; y sin embargo, nunca había entrado en él. Todos los pensamientos del doctor se concentraban en aquel pequeño espacio perdido en los aires: con un hilo le hubiese llevado Elena al fin del mundo, al fondo de un precipicio; por ella era él capaz del heroísmo y de las bajezas, del valor y de la cobardía, de los esfuerzos sobrehumanos y de las infamias más deshonorosas.

Ella era el árbitro de su vida, su estrella polar.

No son estos los efectos del amor, del verdadero, del peligroso, del funesto amor.

Ella, sin embargo, no pensaba ya en él.

Pensaba en la carta que acababa de recibir, de leer al galope y cuyos caracteres bailaban ante sus ojos.

«Os esperaré. Sois la más encantadora de las mujeres. En cuanto queráis, seréis la más adorada.

»Os quiero ver feliz y rica.

»A las diez en casa de Imoda, calle Royale.»

Sin firma.

El papel, satinado, llevaba la corona de barón y las iniciales P. A. entrelazadas.

¡A las diez!

Solo le quedaban algunos minutos.

Se quitó rápidamente los vestidos y los dejó caer sobre la alfombra.

Cuando se vió medio desnuda, con los hombros al aire, no pudo por menos de mirarse y sonreirse.

Estaba encantadora.

Un aficionado á la belleza se hubiera postrado de rodillas ante ella.

El corsé era de satén negro.

A su lado, envuelta entre las puntillas de la camisa y rozándolas la piel de la garganta y del cuello, parecía de satén rosa y blanco.

Imposible soñar formas más encantadoras, más completas, más puras; en una palabra, más exquisitas.

Se abusa de estas palabras; aquí estaban empleadas con propiedad.

En algunos momentos reparó el desorden de un día de trabajo, se lavó para quitarse el polvo del almacén, peinó cuidadosamente su abundante pelo, y dirigiéndose á un armario, sacó un vestido de lana gris de una ligereza extrema, se lo puso, ató sus zapatos, colocó sobre su cabeza una capota chiquitita, muy bien hecha y apareció trasformada en un momento.

Apagó en seguida las luces, dejando una encendida hasta su regreso, y calzándose finísi-

mos guantes, cerró la puerta y empezó á bajar la escalera con gran ligereza.

Pasó como una exhalación por delante del chiribitil de la portera, diciendo:

—¡Abridme, señora Gervais!

Poco después se hallaba en la calle.

Entonces un pensamiento de prudencia atravesó por su mente: dirigió á los alrededores una mirada sospechosa.

Nadie le vigilaba; las aceras estaban casi desiertas.

Llegó á la Magdalena y se confundió con la multitud.

La joven la atravesó rápidamente, se dirigió hacia la calle Royale, bajando hacia la Concorde; cuando hubo llegado, una voz le dijo al oído, al mismo tiempo que la cogían del brazo:

—Venid.

Aquel brazo la atrajo rápidamente hacia una victoria parada al lado de la acera; la joven dió un salto y se quedó sentada al lado de un caballero corpulento y fresco como una rosa, que dijo al cochero:

—Andando, Pedro.

El caballo empezó á andar al trote, torció por la calle Rivoli y la bajó toda con bastante ligereza.

Estos movimientos se habian operado en menos tiempo del que se necesita para narrarlo.

Elena no había podido ni siquiera resistirse.

—¿Dónde vamos?—preguntó.

—Donde queráis.

—Cualquiera diría que se trata de un rapto, caballero.

—Quisiera Dios que asi fuese.

—¿Por qué no me habéis convidado á tomar un helado en casa de Imoda?

—Porque estabamos muy á la vista. No quiero comprometeros.

—Entonces ¿por qué me habéis dado cita allí?

—Porque me es muy cómodo... ya comprendéis la calle Royale... cerca del círculo.

—¡Ah! vos comprendéis la vida.

—Sí; para mí y para los que amo, sí.

Y cogiendo una mano á la joven añadió:

—Qué feliz soy teniéndos á mi lado, siendo mía.

—¡Oh! ¡vuestra!

—Espero que ese dichoso momento llegará.

—Es muy agradable tener esperanzas. Ya sabéis esto se dice en *Carmen*.

—¿Vais á la Opera Cómica?

—Algunas veces.

—Pues esta noche iremos á cualquier otro lado para hablar.

—¿Dónde?

—A mi palco... á cualquier teatro... Al Circo... ¿queréis?

—Bueno; pero hay demasiada luz para el que no quiere comprometerse.

El caballero se inclinó al oído de su vecina.

—¿De modo que está celoso?—dijo.

—Como un tigre.

—¡Si tiene el derecho de estarlo!—replicó él con filosofía.

—Caballero, muy á menudo se toman derechos que no se tienen... Yo no se los he dado nunca á nadie.

Y añadió con finura:

—¿Puedo impedir que los demás piensen y hagan lo que quieran?

El caballero suspiró, pero no contestó.

La victoria había dado la vuelta por la calle Cartiglione, había subido por la de Saint-Honoré y se paró á la puerta del Circo.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó la jóven mostrando inquietud en los ojos.

—No temais nada. Cuando uno se esconde es cuando suele ser cogido. Por lo demás, estais bajo mi protección.

Hizo un movimiento de indignación con los hombros y se levantó á su vez.

El caballero, de pie en la acera, le tendió la mano.

La claridad de la luz eléctrica la daba de lleno en el rostro, tranquilo y satisfecho.

Era el amigo del doctor Bordat, el asiduo concurrente al Grand-Hotel, el primo de la señora de Breville, el barón Pablo d'Aubagny.

V.

Estaba radiante y de magnífico humor. Se adivinaba en él al hombre rico, de rentas sólidas,

tan sólidas como las piedras de granito que sirven de pedestal á las estatuas.

Además en su color fresco, en su redondeado vientre, en su gordura de glotón abundantemente mantenido, se comprendía que acababa de levantarse de una mesa excelente, después de haber dejado á la digestión el tiempo de operarse en una medida higiénica.

La hermosa joven que le acompañaba no era más que el postre de una succulenta comida.

Muy distinta era la impresión que producía ella.

Había en su altivez, en sus rasgos, en toda su persona, cierto embarazo, una incertidumbre propia de un viajero perdido en lo desconocido.

Le faltaba en el esplendor de su juventud, en la hermosura de su belleza llegada á su mayor apogeo, el aplomo que da la costumbre, el trato de gentes de cierta sociedad.

Tenía cierta timidez asustadiza. Se leía en sus ojos el remordimiento por la escapatoria comenzada, el temor de una aventura en sus principios.

—Venid—dijo el barón, á quien los empleados de la taquilla acogian con muestras de deferencia.

—¿Teneis un palco?—preguntó.

—Para vos siempre hay uno.

—¿Habrá un lleno?

—Completo. Tomad el palco de la casa.

—Bueno.